IX Jornadas de Jóvenes Investigadores

Instituto de Investigaciones Gino Germani

1, 2 y 3 de Noviembre de 2017

Lucas Barreto

FFyL-UBA

[lucasebarreto@hotmail.com](mailto:lucasebarreto@hotmail.com)

Estudiante de grado

Eje problemático 6. Espacio social, tiempo y territorio

Título de la ponencia: “Nosotros venimos de toda esa historia”. Organización, aprendizajes y experiencias colectivas en la formación de un asentamiento planificado de La Matanza

**Palabras clave**

EXPERIENCIAS COLECTIVAS – ORGANIZACIÓN – ASENTAMIENTO – POLÍTICA

**Introducción**

Desde una perspectiva etnográfica que considera las dimensiones histórica y relacional de los procesos sociales, nos interesa describir y analizar la conformación de un Asentamiento Planificado iniciado durante 1997 en la localidad de Virrey del Pino, La Matanza, el cual es conocido como barrio Nicolás[[1]](#footnote-2).

Proponemos, por un lado, desentrañar las condiciones locales de posibilidad para la concreción del proyecto provincial, teniendo en cuenta las dimensiones coyunturales y las múltiples trayectorias conjugadas inicialmente a la hora de llevar a cabo traslados y establecimientos de pobladores. Como el título lo indica, consideramos que las formas de resignificar y producir el espacio local –en términos de experiencias vividas, pedagogías y el desenvolvimiento de acciones colectivas de aquellos que habitan allí–, incidieron a la hora de producir mejoras en infraestructura y equipamiento comunitario, acceder a puestos de empleo y forzar la distribución de recursos en períodos de dificultades climáticas. Por otra parte, desarrollaremos algunas aproximaciones sobre cómo la dimensión política y las experiencias sedimentadas al calor de las *luchas* jugaron un papel determinante en este proceso de “armar el barrio”, dentro de un contexto geográfico y económico desafiante. Aquellos pobladores que pugnaban por producir opciones que “dignifiquen” sus condiciones de existencia y reproducción definieron un nuevo marco de relaciones de fuerza con agentes e instituciones del estado provincial.

En cuanto a la estructura de la ponencia, indicaremos en el siguiente apartado un acercamiento a ciertos trabajos pioneros sobre el fenómeno de los asentamientos en los ochenta, buscando restituir la trama de vínculos y sucesos que condujeron a la posibilidad del Nicolás. En “la producción del Nicolás”, brindaremos una descripción de la constitución geográfica, la conformación poblacional del barrio y la particular dinámica de llegadas y salidas. El siguiente apartado –“Primeros momentos: sufrimiento, experiencia y organización”– analiza a través de las narrativas de vecinos y vecinas los sentidos y prácticas colectivas puestas en juego dentro del asentamiento planificado durante los inicios, donde “no había nada”. Finalizaremos con una aproximación sobre el proceso de organización llevado a cabo para lograr un “barrio digno”, a partir de un lenguaje aprendido –la *forma piquete*– y en términos de *producción de la política*.

La escritura de este trabajo hace parte del desarrollo inicial de mi tesis de licenciatura en antropología, en donde me planteo dar cuenta de la relación entre producción espacial y producción política en el “levantamiento” del Nicolás. En este sentido, los resultados y reflexiones volcados aquí son considerados preliminares, así como cualquier error u omisión se atienen a mi absoluta responsabilidad.

*Tomas de tierra y el proyecto Asentamiento Planificado González Catán*

El fenómeno de los asentamientos urbanos –producto de procesos colectivos de ocupación de tierras ocurridos durante la década del 80 en ciudades como Quilmes y La Matanza– fue analizado desde las ciencias sociales en tanto nuevo modelo de hábitat popular sustentado por interrelaciones político-organizativas entre diversos sectores sociales.

Frente a un proceso de pauperización de vastas fracciones de la clase trabajadora durante la dictadura militar a través de distintas medidas políticas, urbanas y económicas[[2]](#footnote-3), aumentó progresivamente el hacinamiento de familias empobrecidas, los traslados hacia regiones del conurbano y el déficit habitacional. Luego de un contexto de inestabilidad política que culminaría en el retorno del sistema democrático, la respuesta de sectores desfavorecidos fue la producción de distintas tomas de tierra, aprovechando estratégicamente las condiciones sociales.

En el caso de los primeros asentamientos de Quilmes, Aristizabal e Izaguirre (1988) dieron cuenta de la emergencia de este nuevo fenómeno urbano. El trazado de calles y lotes en concordancia con normativas relacionadas al desarrollo urbano, la planificación de espacios que prevén equipamientos comunes y la consolidación de una experiencia histórica a partir de la propia práctica colectiva de los asentados fueron elementos de durable eficacia que permitieron recorrer un proceso de autoconstrucción, posterior urbanización y proyectar hacia la obtención de escrituras que legitimen la propiedad sobre el suelo. Otro punto de gran significado es la trama de vínculos que generaron las condiciones de posibilidad para lograr las tomas colectivas de tierras –en términos de “alianza social” entre familias sin vivienda, sectores de la iglesia como las Comunidades Eclesiales de Base (CEBS), voluntarios y técnicos del Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ) y organizaciones políticas, sociales y sindicales.

En los asentamientos de la Matanza, Denis Merklen (1991) realizó un trabajo interesante para documentar las experiencias urbanas acontecidas durante mediados de los ochenta. Esta vez, el contexto de activación resultó en una serie de grandes inundaciones en regiones precarias de la localidad de Laferrere. Aquellos sectores que brindaron recursos y apoyo logístico a las tomas de Quilmes, coordinaron los traslados y la demarcación de lotes entre las familias afectadas por los eventos climáticos. Además, las reuniones con dirigentes de otras tomas –y con asentamientos ya establecidos–, conformó un conocimiento de experiencias anteriores: con la transmisión del modelo de asentamiento como nueva forma de producción de hábitat, los dirigentes barriales en formación poseían un grado altísimo de información gracias a averiguaciones en torno a los terrenos a tomar, y sobre todo sentaron en sus bases la constitución de un embrión organizativo.

Posteriormente, y luego del éxito logrado en los asentamientos El Tambo, El 22 de Enero y El 17 de Marzo, la situación de familias que no pudieron autoconstruir sus viviendas por el aumento demográfico en aquellas urbanizaciones, sumado a procesos de organización, movilización y demanda de pobladores sin tierra de distintos sectores del GBA, resultaron en la emergencia de asentamientos coordinados por dependencias gubernamentales. Estos nuevos asentamientos de los noventa, fueron impulsados luego de eventos diversos en los que la ocupación de espacios púbicos y espacios verdes de alta valorización por encontrarse próximos a regiones residenciales se mixturaban con eventos de ocupación en regiones inhabitables, además del aumento de consultas sobre planes de loteo en los municipios. Significaba el traslado de distintas poblaciones en predios de grandes dimensiones, con lotes bien delimitados y donde progresivamente se instalarían servicios urbanos básicos.

En términos formales, el nuevo proceso se enmarcó en el Plan de Regularización Dominial y Urbana llevado a cabo por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, quien estableciendo el decreto 4686/96[[3]](#footnote-4) en diciembre de 1996, promovía “en todo su territorio, la regularización urbana y dominial en apoyo de sectores jurídica y económicamente desfavorecidos”. Para ello desplegaría una serie de programas –como el de Expropiación, Propiedades con Precios Indexados, Reconstrucción de Barrios y Asentamientos planificados.

Denominado en un principio como proyecto “Asentamiento Planificado González Catán”, el barrio Nicolás, ubicado en la localidad de Virrey del Pino[[4]](#footnote-5), comenzó a formarse en 1997 en tanto sería una de las primeras experiencias que la gobernación de Buenos Aires materializaría. Allí confluyeron familias de distintas procedencias, produciendo un mosaico de experiencias y configuraciones sociales. La coyuntura nacional apremiante implicaba una crisis económica cuyos efectos se traducían en aumento del desempleo, disgregación de los circuitos productivos, descentralización del papel del estado y pobreza urbana.

**La producción del Nicolás**

El barrio se constituye, por un lado, de grupos vecinales que, tras llevar a cabo tomas colectivas de tierra durante la década del noventa en zonas del mismo y otros distritos para demandar soluciones estatales al déficit habitacional, fueron relocalizados –siendo transportados en camiones frigoríficos y colectivos provistos por los gobiernos municipal y provincial– y reasentados en un descampado de grandes dimensiones en el kilómetro 35 de la ruta nacional n°3, donde anteriormente se encontraban unos bañados y funcionaron pisaderos y hornos de ladrillos.

Bajo las promesas de la gobernación provincial de establecer allí un “asentamiento planificado” que sería “un barrio modelo”, los primeros pobladores –en su mayoría desempleados–, iniciaron un proceso de “formación” del barrio, primero trazando las delimitaciones de sus lotes y luego autoconstruyendo sus casillas de madera, lona y chapas de cartón o zinc, en paralelo a la progresiva instalación de algunos servicios urbanos –sistema de cañerías de agua de tanque, red eléctrica, construcción de veredas, zanjas y desagües–, esto último con la asistencia de técnicos y profesionales provenientes de La Plata.

Lograr el traslado hacia un predio en el que obtendrían un lote donde construir su vivienda resultaba muy atractivo para familias que en ese momento estaban acampando y ocupando terrenos no negociables (por ser espacios verdes o zonas inhabitables). Eran, además, vecinos cuyas trayectorias reflejaban procesos relacionados con organización y demandas por la tierra y la vivienda, experiencias en villas y asentamientos del conurbano[[5]](#footnote-6) e imposibilidad económica para sostener alquileres.

El predio está ubicado a 3 km de la Av. Brigadier Juan Manuel de Rosas (Ruta Nacional 3)[[6]](#footnote-7). En los inicios, sólo una de las calles principales estaba asfaltada, por lo que era común atravesar el asentamiento pisando “el barro”. Justamente las inundaciones eran resultado del desborde del Arroyo Morales que delimita el Nicolás. Además, un aspecto llamativo para cualquier persona ajena al barrio son *las montañas*: el relleno sanitario González Catán del CEAMSE se encuentra cercano a los lotes. Grandes extensiones de tierra pertenecientes a dueños privados, cementerios, torres de alta tensión, falta de servicios urbanos e infraestructura –transporte público, agua potable, electricidad, gas natural, etc.– cierran un contexto significativamente precario en los primeros tiempos, que recién en los últimos años comenzó a verse modificado lentamente.

Con el pasar de los meses y años las condiciones limitantes del espacio pueden explicar en parte la persistente movilidad y el gran flujo de partidas y llegadas durante esos períodos de gran padecimiento, además del proceso de organización y reclamos colectivos que pusieron en juego. Las familias se iban, “salían” del Nicolás, vendían sus lotes, volvían a sus lugares de origen o buscaban nuevas oportunidades en una zona con menos dificultades. Uno de los vecinos arribados en los primeros años afirma que “de los dueños originales solo se quedó un 10%; los demás se iban, vendían y se iban porque no les gustaba el lugar, nos inundábamos” (Cristian, abril 2017).

En este primer proceso de traslado observamos dos corrientes poblacionales: los de Villegas y los de Fiorito.

*Los de Villegas*

Los habitantes del Nicolás ubicados en *el sector de adelante* provienen de distintos asentamientos de La Matanza –hoy percibidos como barrios–. Como nos relata Lucía, una de las *referentes* de gran prestigio y liderazgo –hoy alejada de la zona–, a mediados del menemato se destapa un momento en el que los pobladores del último proceso de toma de tierras en El Tambo o el 22 de Enero descritos más arriba, los cuales adquirieron una parcela en estos asentamientos, –sea por un crecimiento de la unidad doméstica y el consiguiente hacinamiento o por otros factores que potenciaron la búsqueda de nuevos lugares donde vivir–, llevaron a cabo una nueva fase de ocupaciones en terrenos y espacios verdes ubicados en Ciudad Evita, esta vez en mayor proximidad con los chalets y zonas residenciales de aquella localidad.

Como pudimos demostrar, los asentamientos de la década del ochenta resultaron un verdadero laboratorio de experiencias y prácticas colectivas donde los lazos entre familias sin vivienda se articularon con la utilización de recursos políticos. Esta experiencia pedagógica implicó la consolidación de un verdadero lenguaje para demandar al estado, sus funcionarios y sus órganos de gobierno que se pondrá en funcionamiento durante situaciones específicas: lo que llamaremos una *forma acampamento*. Sigaud (2000) analiza cómo el acto de acampar y sustentar el acampe en ingenios de Brasil por parte de poblaciones rurales se impone como una compleja ingeniería social. La misma constituyó el aprendizaje de un lenguaje con el cual los individuos realizan afirmaciones simbólicas: montar un campamento es la forma apropiada de “decir” a instituciones, funcionarios, patrones y trabajadores, que desean la desapropiación de esas tierras improductivas.

En el mismo sentido, estas nuevas ocupaciones en La Matanza, cercanas a zonas residenciales y dentro de espacios de alta valorización inmobiliaria resultaron en un juego estratégico. El fin era establecer relaciones negociadas con los funcionarios gubernamentales y así acceder a condiciones favorables para habitar “nuevas tierras” por la saturación en las zonas ya establecidas, hecho que finalmente concluyó en el proceso de asentamiento de estos grupos –50 familias– en “las tierras nuevas del Nicolás”, las “tierras prometidas”.

*“en el 97, justo 11 años después* [de las ocupaciones en el Tambo y otras inmediaciones] *se produce la ocupación de los espacios verdes de esos barrios de Villegas. Ahí voy a colaborar, a dar una mano porque estaban todas mis amigas con sus hijos, que sus hijos estaban ocupando ese lugar, con toda una historia. Y termino quedándome en esa toma, de alguna manera, colaborando en la organización (...) ese lugar quedó chico. Se hace un pedido de tierras a la Secretaría de Tierras de la Provincia de Buenos Aires -estaba Duhalde como gobernador-. Y esas tierras, ese petitorio que pedimos tierras en algún lugar son las tierras hoy del Nicolás. Nos relocalizan: nosotros somos una ocupación de tierras relocalizadas en el barrio Nicolás. Y nosotros vinimos de toda esa historia atrás”* (Lucía, octubre de 2013)

Según las palabras de Lucía, referente barrial, “*se da* *cada 10 Años una explosión de luchar por la vivienda, por la tierra, que sintetiza eso”*, y estas oscilaciones en cuanto al despliegue de acciones colectivas no son ajenas sino más bien aspectos relacionales del contexto social, político y económico que se experimenta a nivel nacional. Estos ciclos de toma se corresponden a lo que la antropóloga mexicana Nashieli Loera (2006) define como un *espiral de ocupaciones de tierra*, en tanto “juego social particular que envuelve a diferentes actores: acampados, asentados, movimientos, órganos de gobierno y granjeros” (pp. 29). Aunque, a diferencia del análisis en Brasil donde las ocupaciones se dan sucesivamente, debemos notar que la reproducción de tomas de tierra en La Matanza y en otras regiones del Gran Buenos Aires se instala en ciclos de mayor alcance temporal –periodos de entre 10 y 15 años–, en vinculación con factores generacionales, coyunturales y de estrategia colectiva en relación con las características del espacio apropiado. Las nuevas ocupaciones de distintos sectores no previstos en el programa de Asentamientos planificados son un claro ejemplo –“el fondo”, sectores verdes y campos de gran extensión lindantes a Nicolás.

*Los de Fiorito*

El otro grupo de habitantes con experiencias de organización vecinal y participación político-territorial producto de anteriores vivencias en asentamientos y villas son los que provenían de una ocupación en Villa Fiorito, Lanús. El traslado en camiones y colectivos de estas aproximadamente 40 familias hacia allí se produjo durante el mismo período que los pobladores denominados “los de Villegas”, en el año 1997. En similares condiciones que estos últimos, los pobladores provenientes de Fiorito explicitan el reasentamiento a partir de la mediación de funcionarios públicos pertenecientes a la Subsecretaria de Tierras y Urbanismo, quienes “los ayudaron” a buscar otras opciones donde vivir. La integración al Programa de Asentamientos Planificados se llevó a cabo porque en Fiorito estas familias habitaron zonas inundables cercanas a un arroyo, donde se vertían desechos industriales contaminantes.

La Ñoña, una señora de unos 60 y pico de años, quien posee experiencia de militancia por haber trabajado políticamente con dirigentes municipales en zona sur y luego en Matanza, además de ser una aliada de los distintos referentes que trabajaron y trabajan en Nicolás, comenta los inicios de su llegada. Se sorprendió por las características del lugar ya que, como expresa, *“para nosotros 'guau!' esto; del asentamiento* [en Fiorito] *a acá... esto era un palacio”*. Resalta que llegaron en 14 camiones durante una noche y mientras marcaban los terrenos en *el sector del medio*, distribuían a las familias: *“nos juntamos todos en esta manzana. Algunos se volvieron, otros se quedaron”*.

La similitud en cuanto a la demografía y la cantidad de familias que arribaron con respecto a “Los de Villegas” pronto fue reduciéndose. Según las palabras de la Ñoña, *“en este momento que quedaron son 13 familias de nosotros, nada más”*. Creemos que en parte se explica, por la ubicación de estos pobladores: se generaba un mayor grado de afección durante las inundaciones, las cuales al parecer eran de suma gravedad en los primeros momentos por la precariedad de sus casillas y de los servicios urbanos. Por sobretodo, inferimos que la lejanía en relación con sus lugares de origen –donde la fluidez de contactos con ámbitos de sociabilidad y parentesco posibilitó el tejido de fuertes lazos sociales– actuó como disparador para la posterior venta o alquiler de sus lotes y el regreso a Fiorito o un traslado a otra zona.

Pasemos ahora a detallar el segundo grupo poblacional en arribar a Nicolás, quienes se inscribieron en oficinas gubernamentales.

*Vecinos inscriptos en La Candela y en oficinas de Tierras*

Entre 1999 y 2003, se establecieron otro grupo de vecinos en el *sector del medio* y en parte *del fondo*. Se trata de pobladores provenientes de distintas zonas del GBA, en su mayoría sin experiencia de ocupaciones ni tradiciones asociativas previas, los cuales accedieron a su lote por inscripción al programa provincial de Asentamientos Planificados.

Por lo general son familias que poseían cierto capital económico para obtener préstamos –eran trabajadores en relación de dependencia, ocupados y subocupados, muchos de los cuales verán pérdida esa condición a medida que las políticas económicas de contracción afectaban las características del mercado laboral–. Ingresaron dentro de las condiciones para inscribirse a los programas de acceso a tierra que llevaba adelante la Subsecretaría de Tierras y Urbanismo. Estas familias se dirigieron para efectuar la inscripción al programa de Asentamientos Planificados –por lo menos quienes habitaban La Matanza– al predio privado “La Candela[[7]](#footnote-8)”, o apelaron a gestiones individuales realizadas en la Secretaría de Tierras en oficinas municipales de Monte Grande, San Martín, y otras ciudades. Una particularidad es que antes de sellar la adjudicación de un lote, desde las oficinas de Tierras instaban a las familias a evaluar en persona el lugar donde se realizaría el Asentamiento.

Uno de los aspectos de gran impulso en los espacios de sociabilidad y en la constitución de redes sociales de sectores populares es la circulación no sólo de recursos materiales sino también informacionales (Loera, 2006). Ello demuestra la importancia de la red de relaciones familiares, laborales, vecinales y de compadrazgo para anoticiarse de las posibilidades para obtener un terreno a partir del programa de Asentamiento Planificado a nivel provincial. Gracias a la circulación de información entre sus grupos de confianza y espacios de desenvolvimiento –parentesco, ámbitos laborales, relaciones de afinidad–, los distintos vecinos escucharon rumores y noticias sobre el hecho de que *“estaban dando terrenos en el 35”*, de que *“estaban anotando en La Candela”*, *“en Tierras”*, etc., cuestión que les permitió gestionar la inscripción y la posterior adjudicación.

Pese a sus impresiones positivas y expectantes durante los primeros momentos de hábitat en el lugar, el dar sentido al espacio “ganado” requirió por parte de ambos grupos poblacionales el poner en juego aprendizajes previos, utilizar conocimientos de organización, activar relaciones con políticos y funcionarios de distintos ámbitos gubernamentales. Se trataba de ir definiendo, en el transcurso de su devenir y al experimentar condiciones precarias, las formas legítimas y contundentes en relación a cómo visibilizar y concretar sus demandas frente al estado.

**Primeros momentos: sufrimiento, experiencia y organización**

Las primeras experiencias al asentarse y comenzar a construir sus casillas, montar sus carpas y pasar las noches son definidas como vivencias de padecimientos, donde la producción de comunidad se forjó definitivamente. El *formar el barrio* implicó por una parte el atacar la naturaleza, adaptarse a un ambiente inhóspito con características espaciales particulares, y por otra el establecer relaciones entre grupos sociales tanto desconocidos como de estrecha comunalidad gracias al haber sido parte de distintos eventos de tomas de tierras anteriormente.

Entendemos por experiencia aquellas vivencias encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales que los sujetos ponen en relación y articulan al vivir su propia historia (Thompson, 2013). En este sentido, las experiencias que los actores sociales atraviesan y comparten en distintos contextos contribuyen a que sus aspiraciones, expectativas y tensiones se formulen en lenguajes, acciones y argumentos definidos, los cuales llevan a consolidar su subjetividad y visión del mundo. Además, las prácticas, discursos y sentidos motorizados por los actores sociales, se encuentran permeados por procesos históricos y condicionamientos múltiples cuyo terreno implica contradicción y disputa. En el caso de los sectores populares de Argentina, debemos poner en consideración trayectorias signadas por efectos desestructurantes producto de las políticas neoliberales que se remontan a la dictadura cívico militar y se han visto acentuadas durante las décadas del 80 y el 90. Estas trayectorias han atravesado distintos momentos de debacle socioeconómico y político y frente a ello los grupos sociales han establecido diversas modalidades de organización y demanda (Manzano, 2013).

En las narrativas de los habitantes de Nicolás se refuerza está idea del llegar “a la nada”, un campo inmenso y verde como describimos más arriba, rodeado por montañas –de basura– y un arroyo que se convertía en un verdadero trauma en épocas de lluvias al aumentar su caudal e inundar crudamente el asentamiento.

*“a nosotros nos trajeron, nos tiraron acá en este campo que no había nada, nos dijeron 'este terreno es tuyo, aquel es tuyo y aquel es tuyo'… ¿sabés la que pasamos nosotros acá?* [se ríe] *yo hasta llegué a decir... yo tenía mis dos nenas chiquitas y cada vez que había viento nos sacudía la casilla y yo decía '¿qué mierda hago acá? ¿Por qué las traje a mis hijas acá?' se me doblaba todo. Y cuando pasaba una tormenta veía a mis hijas...* [...] *Al otro día eran unos tendales de chapas por todos lados porque a todos los vecinos se les volaban los techos y ayudando después a clavar las chapas; acá nos ayudamos entre todos, es algo increíble porque terminaba el viento, la tormenta, lo que había... todos los vecinos salíamos a ayudarnos”* (Ricardo, 2013)

Resultado del desplazamiento de estos grupos desde una zona urbana hacia otra rural, por una parte se reproduce este sentido de sacrificio frente a vivencias a las que no estaban acostumbrados. Debían “empezar de cero” a construir sus viviendas y *levantar* el barrio en un contexto de precariedad y desempleo. Aquella situación definió momentos de sufrimiento, de incertidumbre y a la vez de unión y convicción. Tenían 8 horas de luz de un grupo electrógeno, el agua se extraía de una bomba comunitaria ubicada en una de las casillas, y por el anegamiento de las calles y la ausencia de transporte interno debían *“patear 3 km con el barro hasta el tobillo”* para llegar *“hasta la ruta”*. Con respecto a las inundaciones, durante épocas de lluvias perdían “todo”, materiales de sus casillas, víveres, vestimenta, electrodomésticos así como recursos simbólicos –el tiempo dedicado a la producción del terreno, la fortaleza para soportar momentos de penuria, proyectos planificados con el dinero que debieron utilizar para recuperar lo perdido–.

Y a este padecer, el sufrimiento y los sacrificios que realizaban para atravesar su cotidianeidad, debe complementarse una coyuntura sumamente dificultosa en materia económica: la mayoría de los pobladores se encontraban desempleados y en condiciones de precariedad. En relación a las distintas situaciones que experimentaron por las dificultades de conseguir un empleo formal y permanente en plena crisis del 2000, las changas y los trabajos temporales e informales eran una salida pero escaseaban. Cristian, un vecino que adquirió su lote por trámites en Tierras aporta que en aquel entonces *“no había nada para hacer… era rebuscársela”*.

Didier Fassin (2003) afirma que en los intercambios negociados con el estado “más que el cuerpo mostrado, es el cuerpo contado en una historia de vida frecuentemente reducida a fragmentos biográficos” (pp. 63), lo que permite a utilizar el mismo como fuente de derechos, como legitimación en tanto persona. Al entrevistar a vecinos y documentar sobre la formación del asentamiento planificado, “el cuerpo contado y sufriente” de todos modos, más que utilizarse como fuente de derechos y reclamo, conllevó el resaltar las experiencias de resolución, los movimientos y la capacidad de aprendizaje, que resultaron en procesos políticos significativos. Más que demostrar a través del cuerpo sufrido, los pobladores demuestran mediante narrativas y documentos –fotografías, fotocopias de *papeles* relacionados con distintos trámites– sus vivencias, el recorrido atravesado en la producción del barrio y la producción de sus vidas, *armando* y *levantando* colectivamente.

Como método de contención y para reducir en grado sostenido este padecer se impone la organización y los vínculos comunitarios y solidarios entre vecinos. El juntarse entre manzanas y familias de casillas cercanas, elaborar comunitariamente los alimentos mediante ollas populares y copas de leche, ayudarse cuando “el vecino necesitaba” son prácticas colectivas que señalaron este período. Se trataba de aprender sobre la marcha, de conocer mediante el estar ahí, de actuar en base a decisiones colectivas de ayuda mutua y de pensar creativamente la gestión de los escasos recursos, arreglándose con lo que podían conseguir:

*“Y en realidad nosotros desde que vinimos entendimos que si no nos organizábamos porque, como sea, nosotros veníamos de centros urbanos... tenía un departamentito chiquitito en Ciudad Evita, un monoambiente. Pero yo abría la canilla y había agua para empezar, agua caliente y agua fría. Teníamos la luz, cuando nosotros vinimos acá no teníamos luz, vivimos con luz de obra, o sea que por ratitos. Este... tenía piso, muy importante* [se ríe]*. Tenía gas natural*… *Acá nos necesitábamos. Al principio era todo así.”* (Carla, octubre 2013)

La distribución en delegados por manzana, la implementación de comisiones, asambleas y plenarios entre vecinos y las reuniones con funcionarios estatales imperan como métodos asociativos durante los años iniciales. Entre delegados se reunían una vez por semana y una vez por mes con agentes del municipio. Aristizabal e Izaguirre (1988) describieron este método organizativo como un patrón definido en los asentamientos pioneros. Se trata de un modo de estructurar las relaciones al interior del barrio, “propio de la experiencia obrera: la organización obrera fabril. Lo nuevo, en este caso, es su adaptación a la base territorial” (pp.: 16-18).

En el apartado siguiente veremos cómo esta estructura local, producto de experiencias anteriores y la pedagogía de tomar tierras como método de demanda, por un lado, y la impronta de situaciones de padecimiento vivenciados en Nicolás, por otro, definirán los primeros eventos políticos comunitarios.

**La producción de la política en Nicolás: una aproximación**

Durante la primera visita, me dirigí hacia la escuela secundaria “Asamblea 18 de Mayo”, donde funcionaba el programa Patios Abiertos. Mientras charlaba con las docentes y auxiliares acerca de las estrategias de los vecinos para visibilizar sus reclamos, remarcaron que es un *“barrio problemático”*, agregaron que sus vecinos *“reclaman cortando la ruta”* y cerraron con *“acá las cosas se piden así, por política”*.

El encadenamiento de la vida cotidiana en Nicolás con la política nos recuerda al trabajo de Antonadia Borges (2003) sobre las maneras de vivir y representar *lo político* en un poblado de Brasilia. Allí, la autora se sumerge en una serie de eventos que giran en relación a intercambios y gestiones entre pobladores y actores gubernamentales influyentes, y donde el *trabajar en política* y *morar* –adquiriendo un lote y una serie de papeles, gestando el asfalto o una casilla– posibilitan la vida diaria. Sin detenernos en esta perspectiva, concordamos en una línea que inste a tomar las teorías nativas en acto –en este caso lo que se entiende por *política*–, en la contingencia de las situaciones y en las más resonantes contradicciones entre individuos, grupos sociales, y de acuerdo a lo que el investigador pueda representarse o no previamente. Se trata de dar posibilidad a un “equilibrio e inseparabilidad entre etnógrafo/objeto/teoría antropológica” (pp.: 177). Entender la política como categoría etnográfica y como teoría nativa con diversos sentidos confrontados define un proceso cuyo dinamismo genera, a su vez, un enriquecimiento tanto del quehacer cotidiano de las poblaciones inmersas en esas realidades como de la reflexión antropológica.

El barrio Nicolás, entonces, tiene una fuerte impronta en términos de relacionamiento político. A partir de un mosaico de experiencias y sentidos construidos al resignificar el espacio barrial, y sobre formas de organización y demanda, se fueron delineando ciertos modos de representación y correlaciones de fuerza, los cuales serán con el tiempo elementos de conflicto. Circunscribiendo nuestro análisis a los primeros momentos, detallaremos una aproximación a la estructura política local y la noción de barrio digno como noción legitimadora. Aprender el lenguaje de la *forma acampamento* durante los asentamientos de los ochenta, los mecanismos y estrategias adecuadas para afirmar relaciones negociadas con instancias de gobierno y funcionarios, posibilitó en muchos de los vecinos la producción de una nueva serie de prácticas y discursos.

*El m-26, las comisiones del barrio y la lucha por un barrio digno*

De unos 55 años, Lucía, la principal *referente barrial* de Nicolás posee una sólida experiencia de militancia política y territorial[[8]](#footnote-9). Esa experiencia y los conocimientos técnicos adquiridos por las continuas “luchas colectivas” por la tierra, la vivienda y el trabajo, le permitieron encabezar –junto a su ex marido “El Chango”– el Movimiento 26 de Julio[[9]](#footnote-10), principal organización política local, hoy consolidada como una institución con edificio propio, el Centro Popular 26 de Julio. Durante fines de los noventa y ya asentados allí, esta “organización barrial” según sus palabras, se inició como movimiento de desocupados que realizaba distintos cortes de ruta u otras modalidades de demanda –ocupaciones de espacios y edificios públicos, marchas, escraches a políticos– con el fin de *“reclamar al Estado por derechos postergados”*, esto es, alimentos (*mercaderías*) y puestos de trabajo.

*“vinimos acá siendo parte de todo ese camino. Los que luchamos pidiendo otras tierras y queriendo construir un barrio digno, de cero (…) Creo que nos tiraron acá o nos dejaron acá para no escucharnos y tuvimos la capacidad de salir a la ruta y cortar la ruta e ir por todas las necesidades que tenía nuestro barrio y nuestra gente”* (Lucía, octubre 2013)

Virginia Manzano (2008) desarrolló la noción de *forma piquete* como una continuidad del modelo organizativo de “lucha por la tierra” –la *forma acampamento*–. En tanto lenguaje adecuado para presentar demandas al estado y lograr comprometer a funcionarios gubernamentales, la autora sintetiza esta modalidad a partir de una serie de elementos, entre los cuales destacamos:

- La ocupación de tierras o espacios públicos (dependencias gubernamentales, plazas, rutas, etc.) como una forma de presentar públicamente demandas y forzar compromisos

- Habilidades aprendidas respecto de los mecanismos de funcionamiento cotidiano de las dependencias estatales: tecnologías de presentación de demandas (encuestas, censos, cartas, petitorios, etc.), modos de circulación de expedientes, tipos de trámites, y convenciones para tratar con legisladores o autoridades gubernamentales.

- La trama organizativa basadas en juntas vecinales, cooperativas, delegados por manzana y cuerpos de delegados por barrio.

- El entrenamiento para articular a diferentes sectores sociales alrededor de un eje de demanda[[10]](#footnote-11)

Dentro del grupo de pobladores pertenecientes a “Villegas”, “Fiorito” y “los del medio” –aquellos inscriptos en Tierras– encontramos vecinos que no fueron parte del M-26 pero si participaron de la *Comisión del barrio*, acompañando cada movilización y cada evento de piquete. Según lo documentado, durante los inicios se produjeron modalidades organizativas por comisiones, definiéndose dos comisiones distintas en paralelo con la organización barrial que lideraba Lucía: la comisión de Villegas y la comisión de Fiorito. En estas comisiones se discutían modos de relacionarse con los organismos gubernamentales, prácticas y acciones de reclamo y movilización, cuestiones internas referidas a la cotidianeidad de Nicolás y la gestión de recursos (elementos para construcción de sus casillas, obras para el barrio, bolsones de alimento, etc.). Allí participaban tanto vecinos con trayectorias de militancia y experiencia gremial como habitantes sin conocimiento político pero interesados en lograr mejoras para “formar el barrio”. Con el correr de los meses y gestiones, quienes participaban de las comisiones y el movimiento 26 de julio se introducirían en distintos conflictos por la distribución y el control de los recursos y bienes *bajados*.

Ricardo, quien provino del asentamiento 22 de Enero y participó de la comisión de Villegas, hasta ser nombrado *Presidente del barrio* –cargo que dejó, tras correrse por distintos “comentarios” sobre su accionar–, se desempeña como *referente* del *sector de adelante* y posee contactos con dirigentes locales alineados al peronismo disidente. En su construcción narrativa menciona la denominación externa al Nicolás como *“barrio problemático”*. Esa caracterización tiene que ver, según su mirada, con toda una trayectoria de demandas y acciones de protesta colectiva puestas en juego por los vecinos y vecinas cuando desde el gobierno no se cumplía con los compromisos asumidos. A pesar de no pertenecer al *“movimiento”*, los pobladores de las comisiones *“se enganchaban”* por ser los cortes de ruta un medio para alcanzar *“un bien para el barrio”*.

De este modo, fueron alineando y fortaleciendo sus demandas en concordancia con la noción de *lucha por un barrio digno.* Primero se trataba de alcanzar el lote propio, luego dedicar esfuerzos en conseguir empleo y alimentos durante épocas críticas. Carla, vecina y hoy coordinadora del jardín comunitario local, comenta que con el pasar de los años, mejorar la infraestructura del barrio y “arrancarle” recursos al estado se transformó en el objetivo de todos. Y este objetivo se logró gracias al *“tener ideas”* y al *“no quedarse”.*

La dignidad tiene que ver, según Lucía, con *“toda una historia”* basada en la formación de un proyecto territorial, el cual se nutrió de acciones colectivas concretas y activa participación. Esta concepción de barrio digno se instaura como noción legitimadora (Thompson, 1995) de demandas y movilizaciones que apelan a expectativas sociales, normas y costumbres aprendidas al significar el espacio y sobretodo en cada encuentro armónico o conflictivo entre vecinos o el estado. El barrio “pide”, o “arranca” –según la coyuntura y el grado de relación con las instancias de gobierno– en la medida que ciertos “derechos” fueron postergados y conllevaron a épocas de sufrimiento, de padecer. Construir primero la falta de tierra, luego el desempleo y el hambre y posteriormente la falta de servicios urbanos básicos como problema resultó en la conformación de distintas modalidades colectivas de participación política en los pobladores, *produciendo la política* como experiencia y como medio para lograr avances en el Nicolás.

**Conclusiones**

*“Vinimos a la nada. Entonces, había todo para hacer. Había que armar el barrio nuestro”*

*Carla*

Agrupamos las trayectorias de diversos poblamientos en Nicolás, con el fin de detallar el papel jugado por esta configuración heteróclita en las posteriores experiencias de organización y los encuentros pedagógicos entre vecinos que se estaban conociendo en el transcurrir del proceso. De acuerdo a las narrativas recuperadas por algunos sectores de vecinos, la conformación y organización del barrio lleva estructurada en su matriz una experiencia territorial y de organización vecinal que guió las prácticas, relaciones y movimientos de los primeros habitantes en respuesta a políticas de estado basadas en la omisión: ¿a qué costo se relocalizaron estas diversas poblaciones? Sin tener en cuenta el transitar, los movimientos, las distancias, las dificultades para acceder a ámbitos educativos, laborales o de salud, los perjuicios económicos de habitar un entorno rural precariamente urbanizado[[11]](#footnote-12).

El sufrimiento, como vimos, se posicionó como un elemento constitutivo de las experiencias. El hecho disruptivo al cambiar de locación no pasó desapercibido para muchos vecinos: por ejemplo, Paula, del *sector del medio*, afirma: *“vi que era todo campo y me quería morir (...) no había nada”* (marzo de 2017). En concordancia con Loera (2006), creemos que los vecinos y familias que durante estos años permanecieron en sus carpas y sus casillas, protagonizando reuniones, marchas y demandas y autoconstruyendo –o *levantando*– el barrio, empuñan sus relatos de sufrimiento y sacrificio en tanto “ética particular” con objeto de consolidar una *lógica del merecimiento*. “Quedarse” y padecer durante años el barro, *las montañas* y el agua de las inundaciones legitima su lucha y cada acción impulsada para organizar el Nicolás, consolida un *ethos* local. Posterior a estos relatos prosiguen discursos de orgullo y satisfacción por la aventura atravesada, y sobre todo enfatiza un sentido de producción de subjetividad y de personas: *“de acá no me mueve nadie, yo de acá no me voy… pasamos muchas cosas”*, *“acá nos hicimos”*. De allí también la estructuración de la noción de barrio digno y la producción de la política a nivel local, con sus posteriores entramados de vínculos, conflictos e incesantes transformaciones.

Al señalar que un fenómeno, relación o ciertos eventos “tiene(n) una historia”, entonces, una trama local se percibe en el sentido de articular las modalidades de *forma acampamento* explicitadas en Brasil y en Argentina durante los ochenta y la *forma piquete* a partir de los noventa, como los lenguajes aprendidos y experimentados por pobladores de sectores populares. Mientras elaboran sus narrativas sobre lo que atravesaron al significar y producir el espacio del Nicolás, reaparecen los ingredientes y atributos de la producción política. Se trata de una dialéctica que se teje a partir de pedagogías y vivencias colectivas.

Implementando medidas de acción directa –cortes de ruta, ocupaciones y reclamos en dependencias y espacios públicos, negociaciones con políticos cercanos– se trataba de interpelar a las autoridades para conseguir recursos y concretar derechos. Los vecinos recorrieron un camino de organización y movilización primero por “el pan y el trabajo”, integrando a jefas y jefes de familia en programas estatales vinculados con la contraprestación en actividades comunitarias y productivas de empleo, en un contexto coincidente con la implementación de políticas sociales financiadas con fondos de organismos internacionales, los denominados workfare o planes (Manzano, 2013). Luego, desplazando estratégicamente y de acuerdo a la coyuntura y los logros obtenidos –y las condiciones desafiantes del medio habitado, es decir, inundaciones, inclemencias climáticas, anegamiento de los caminos, enfermedades debido a la contaminación por las montañas, etc. – hacia la demanda por recursos económicos y materiales con los cuales lograr “un barrio digno”: la urbanización, obras de infraestructura, la regularización de los servicios públicos, la documentación pertinente para escriturar los terrenos, “lo global del barrio”.

Queda pendiente para posteriores trabajos, profundizar sobre cómo se desenvuelve la producción de la política local, en tanto ciertos aspectos cotidianos presentes y pasados se relacionan con la construcción de la representación política, la formación de nuevos referentes y los recorridos de los referentes más antiguos, los vínculos y los conflictos entre estos líderes y sus vecinos y vecinas. En segundo lugar, creemos que es de gran interés seguir ahondando en los nuevos ciclos de toma que están ocurriendo en predios próximos al Nicolás (como el que se observa en la foto 01), con objeto de comprender la trama de conexiones que lo posibilitaron y dar cuenta de la relación entre producción política y producción espacial, para así lograr una mayor comprensión de estas lógicas de organización.

**Referencias Bibliográficas**

Aristizabal, Z. e Izaguirre, I. (1988) Las tomas de tierras en la zona sur del Gran Buenos Aires: un ejercicio de formación de poder en el campo popular. *Colección Conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea*, no. 10. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Borges, A. (2003). *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*. Rio de Janeiro: Relume Dumará/UFRJ.

Cravino, MC. (abril, 2001). La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Area Metropolitana de Buenos Aires. *Encuentro de Society for Latin American Studies*. SLASS. Birmingham, Reino Unido.

Enrique, A. (2016). *Historia de Virrey del Pino. Los orígenes de La Matanza*. Buenos Aires: CHE.

Fassin, D. (2003). Gobernar por los cuerpos: políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia. *Cuadernos de antropología social*, 17, pp. 49-78.

Loera, N. (2006). *A espiral das ocupações de terra*. São Paulo: Editora Polis-CERES/UNICAMP.

Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones Colectivas y Políticas Estatales en la Vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.

Manzano, V. (2008). Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación: antropología de campos de fuerzas sociales. En MC. Cravino. (Ed.) *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Area Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 101-134). Buenos Aires: Prometeo-UNGS.

Merklen, D. (1991). *Asentamientos de La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos Editora.

Sigaud, L. (2000). A forma acampamento: notas a partir da versão Pernambucana. *Novos Estudos*, N°58, 73-92.

Thompson, E. (2013). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.

Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Madrid: Crítica.

**Apéndice**

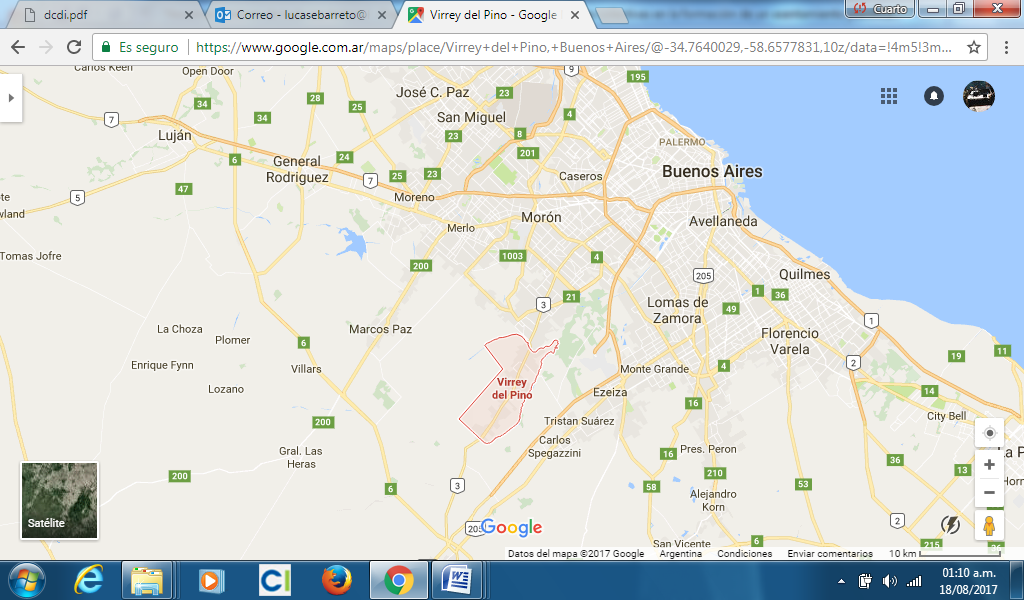
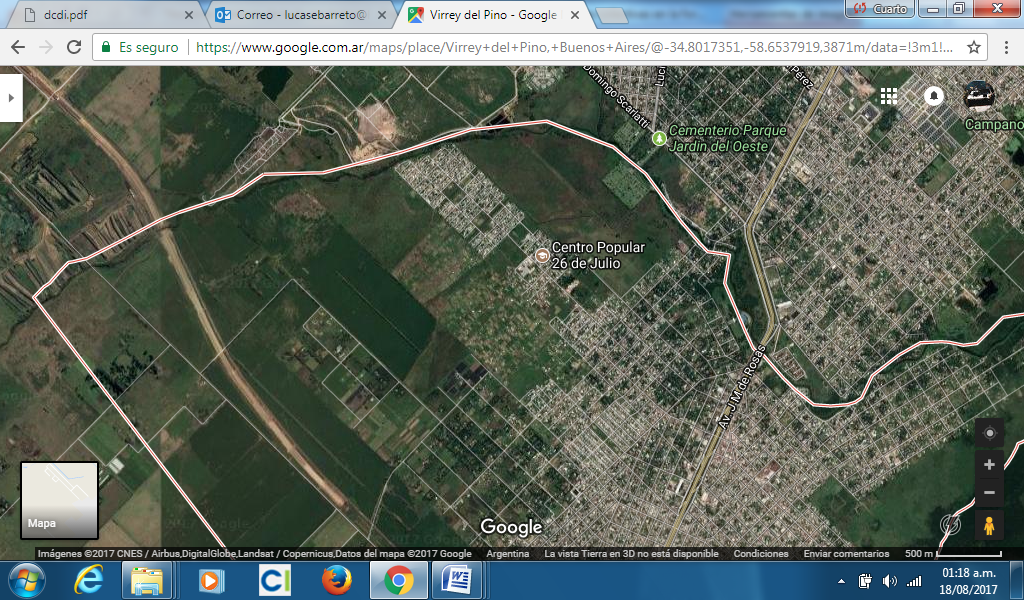


Gráfico 01. Localización de Virrey Del Pino. Fuente: Google Maps.



**1**

**2**

**3**

**4**

**5**

**5**

Gráfico 02. Asentamiento Planificado González Catán/Nicolás. Nótese: 1) sector de adelante; 2) sector del medio; 3) sector del fondo; 4) CEAMSE; 5) Nuevas tomas de tierra. Fuente: Google Maps.



Foto 01. *Las montañas* desde una de las tomas de tierra recientes. Fotografía del autor.

1. Los nombres del barrio y los vecinos y vecinas entrevistados fueron modificados con motivo de resguardar su integridad. [↑](#footnote-ref-2)
2. a) La promulgación del Código de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Buenos Aires, que elevaba aún más la renta del suelo, libre o construido, con lo que automáticamente se restringía el mercado a las capas medias acomodadas; b) La violenta erradicación de “villas de emergencia” asentadas dentro de la Ciudad de Buenos Aires, por ordenanza municipal del 13/7/77; c) La ley de locaciones urbanas n° 21342, sancionada en junio de 1976, por la que se estableció una liberación gradual de los alquileres “congelados”, resultando en la migración de pobladores hacia el conurbano; d) La destrucción compulsiva de viviendas producida por la construcción de las grandes autopistas urbanas; e) En 1976, el gobierno de la provincia de Buenos Aires, suspende la autorización de “loteos”. Seis meses después, esta medida se completa con la ley 8912 de Ordenamiento Territorial que, entre sus normas, prescribe que todo nuevo loteo debe contar previamente con infraestructura urbana: agua, luz, cloacas, desagües. A partir de ese momento, también el precio de la tierra del conurbano aumenta enormemente, desapareciendo los tradicionales “loteos” destinados a barriadas obreras (Aristizabal e Izaguirre, 1988: 6-7). [↑](#footnote-ref-3)
3. Decreto acordado por los representantes del Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires, el Banco de la Provincia de Buenos Aires, la Unidad Ejecutora de Reconstrucción del Gran Buenos Aires y la Secretaría de Tierras y Urbanismo de la Provincia de Buenos Aires. [↑](#footnote-ref-4)
4. Ver Gráfico 01 del Apéndice. [↑](#footnote-ref-5)
5. Cravino (2001) sistematiza los atributos que diferencian villas de asentamientos. Las primeras son ocupaciones irregulares de tierra urbana vacante que: a) producen tramas urbanas muy irregulares. Es decir no son barrios amanzanados, sino organizados a partir de intrincados pasillos; b) responden a la suma de prácticas individuales y diferidas en el tiempo, a diferencia de otras ocupaciones que son efectuadas planificadamente y en una sola vez; c) se construyen viviendas deficitarias; d) poseen una alta densidad poblacional; e) generalmente cuentan con buena localización, con relación a los centros de producción y consumo, en zonas donde actualmente es escasa la tierra. Con respecto a los asentamientos, la autora explica que: a) sus trazados urbanos tienden a ser regulares y planificados, en forma de cuadrícula; b) Por parte de los pobladores se los percibe no como una resolución habitacional transitoria, sino como una mejora a corto y mediano plazo; c) Por lo general son decididas y organizadas colectivamente, con una estrategia previa (obtención de datos catastrales, conformación de un grupo que iniciará la toma, búsqueda de apoyo de organizaciones cercanas, etc.); d) En su inmensa mayoría están ubicados sobre tierra privada. Se trataba de terrenos que por lo general eran basurales, pajonales, o inundables, por lo que los dueños no tenían un interés o posibilidad en explotarlo económicamente; e) Inmediatamente a la invasión del terreno se busca mediar ante el Estado su "legitimación", reivindicando la oportunidad de pagarlo y ser propietarios. [↑](#footnote-ref-6)
6. Ver Gráfico 02 en el Apéndice. [↑](#footnote-ref-7)
7. Predio de casi 6 hectáreas ubicado próximo a Camino de Cintura, San Justo. Fue adquirido en 1963 por el Club Atlético Boca Juniors como campo de entrenamientos y concentración del plantel profesional y juvenil. Durante 1995, con la asunción de Mauricio Macri en la presidencia del club porteño, se decidió dejar de utilizar La Candela y alquilarla a la Municipalidad de La Matanza hasta que en 2005 el CEFAR (Centro de Entrenamiento de Futbolistas de Alto Rendimiento) consiguió comprar ese espacio. [↑](#footnote-ref-8)
8. Es activista de la agrupación H.I.J.O.S Buenos Aires –su padre obrero se encuentra desaparecido por la Dictadura Militar–, y militante del Movimiento Patriótico Revolucionario Quebracho, el cual engloba diversas tendencias de izquierda. [↑](#footnote-ref-9)
9. Esta fecha no es inocente. Hace referencia, en primer lugar, al momento en el que se produjeron los traslados de las primeras familias de Villegas y Fiorito al asentamiento planificado González Catán. En segundo lugar, se recuerda el fallecimiento de Eva Perón en 1952, símbolo de los sectores empobrecidos de Argentina. En tercer lugar, se conmemora el asalto al Cuartel Moncada, evento liderado por Fidel Castro, ocurrido en 1953 y de gran significación para el posterior proceso revolucionario cubano. [↑](#footnote-ref-10)
10. “En suma, se trata de una modalidad configurada en torno al Estado como interlocutor principal y en la cual se destacan procesos que incorporaron medidas de fuerza directa e instancias de negociación y concertación.” (pp.: 114-115) [↑](#footnote-ref-11)
11. Recordemos que la extensión de Virrey del Pino se enmarca en una historia de desarrollo socioeconómico asociado primero con lo rural y luego a la instalación de grandes industrias que aceleró los procesos de urbanización. Ese devenir implicó un perfil productivo inicial relacionado con la agricultura, la ganadería, el establecimiento de tambos y quintas hasta mediados del siglo XX; posteriormente la producción ladrillera y el manejo de grandes hornos, los frigoríficos con los sucesivos efectos contaminantes sobre ríos y arroyos locales y la instauración del capital transnacional con Mercedes Benz y otras firmas extranjeras de la industria química (Enrique, 2016). [↑](#footnote-ref-12)